

Pequeño tratado de todas las verdades  
sobre la existencia

Colección Abierta

Director: **Enrique Andrés Ruiz**

Fred Vargas

Pequeño tratado de todas las verdades  
sobre la existencia

TRADUCCIÓN DE EVA ALADRO VICO

PRESENTACIÓN DE FERNANDO SAVATER



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Título original:

*Petit traité de toutes vérités sur l'existence.*

© Éditions Viviane Hamy, 2001

Pequeño tratado de todas las verdades sobre la existencia  
Fred Vargas

Primera edición: febrero de 2018

© de la traducción del texto, Eva Aladro Vico

© de la presentación, Fernando Savater

© de la cubierta, Guillermo Alonso Mayo

© de la edición, Editorial La Umbria y la Solana, 2018

[info@laumbriaylasolana.es](mailto:info@laumbriaylasolana.es)

[www.laumbriaylasolana.es](http://www.laumbriaylasolana.es)

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela

Corrección editorial: Carlota Mariné

Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-946988-8-0

Depósito legal: M-4788-2018

Impresión: Arial Digital

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

# Índice

<i>Introito</i> .....	9
Pequeño tratado de todas las verdades sobre la existencia .....	13

## *Introito*

Casi todos los que nos dedicamos profesionalmente a la enseñanza de la filosofía hemos sido asaltados en algún momento por autoproclamados genios que han escrito un tratado en el que aclaran las perplejidades humanas y resuelven todos los enigmas del cosmos. Suelen ser o muy jóvenes o francamente viejos, pues los extremos de la vida son propicios al autoengaño aunque por razones opuestas. Se nos acercan con una mezcla de rubor y desafío para entregarnos un paquete de hojas de imponente volumen, a veces enriquecidas con gráficos y figuras geométricas misteriosas (en cierta ocasión me tocó uno que, nuevo Lucrecio, había escrito su obra magna en forma de inacabable poema didáctico). Después permanecen expectantes y nos piden nuestro sincero parecer de entendidos. ¡Librenos Dios de dárselo! Si cedemos a la tentación del halago cortés, crecerá su ambición y nos exigirán que busquemos editor para el libraco, que le escribamos un prólogo, que lo presentemos en el Aula Magna de la facultad de Filosofía, etc... Si les decimos la triste verdad sobre el resultado de su esfuerzo, nos tacharán de envidiosos y de espíritus mezquinos, clamarán que la mafia de los instalados siempre obstaculiza el camino de los talentos desconocidos, etc... En ambos casos acabaremos ganándonos otro mortal enemigo.

Afortunadamente el presente librito de Fred Vargas es un simple divertimento, una broma nada disimulada que parodia a esos fabricantes de tratados *de omni re scibili et quibusdam aliis*, como decían los maestros medievales. La autora es una de las mejores y más originales cultivadoras del género policíaco en la actualidad, siempre combinando la lógica más exigente con un gusto por lo fantástico que cautiva al lector. Aquí se ha tomado un día de asueto y juega con los conceptos más temibles del modo menos respetuoso, pasando del amor, la guerra o la teología a una siempre aplazada meditación sobre las hormigas, con episódicas referencias humorísticas a su familia o su tierra normanda. Como todas las bromas, pide su complicidad al lector para ser disfrutada. Uno puede leerla con una sonrisa o el ceño fruncido, cada cual a su gusto. Pero al acabarla no he podido por menos de preguntarme si todos los esfuerzos por comprender el universo, del competente Aristóteles a sus huecos imitadores, no merecerán la misma actitud burlona y resignada. En cualquier caso, quedo a la espera de la próxima novela de Fred Vargas, que eso sí que es cosa seria.

Fernando Savater

Pequeño tratado de todas las verdades  
sobre la existencia

Si inauguro este lunes de Pascua de 2001 una obra de apariencia burlona, no es en absoluto con el fin de hacerles reír. Quiero matar esa esperanza ya desde la cuna, desde el principio. Créanme, es mejor así. A decir verdad, hace tiempo que ambicionaba entregar al mundo una pequeña colección de aforismos sobre el tema de la existencia humana, y cuando digo «pequeña», es una forma de hablar; pequeña por su tamaño, cierto, pero grande en su contenido, y tan excelentemente concentrada que cada página exhalara el fuego ardiente de la Verdad sobre la Existencia. Es decir, la Vida, así sin más.

Después me propuse sacrificar esos aforismos y sustituirlos por exposiciones más extensas, pues el aforismo tiene ese algo que contraría, que le deja a uno en dique seco con una breve máxima sin explicarle el cómo ni el porqué de las cosas. Ejercicio virtuoso ciertamente, pero engañoso. Opté entonces por la forma intermedia ideal que es el *Pequeño tratado de todas las verdades sobre la existencia*, aquí y allá punteado con aforismos. Con calma esperaba el momento propicio para componer esta obra enriquecedora y condensada, acumulando por el mundo los materiales indispensables para su confección.

Ha llegado ese momento, y es una excelente noticia para todo el mundo.

Cuando digo «pequeña» es por elección, pues no confundamos el tamaño con el valor. Un tratado demasiado copioso no es sino una laboriosa amalgama de preceptos sugeridos a tientas que revela la incompetencia de su autor en la materia que hemos llamado la Vida. Sin embargo, las verdades sobre la existencia no son sino flechas de oro que intentan alcanzar su objetivo de un solo disparo. Por lo tanto, una obra de este tipo presenta un carácter eminentemente breve, que sirve para atestiguar la certidumbre con la que escribe el autor, cuyo penetrante espíritu se encargará únicamente de cargar la flecha. Un verdadero constructor de Tratado sabe las cosas y va derecho a ellas, sin titubear. El asunto debe despacharse en poco más de cien páginas.

También por su humilde extensión, el tratado bienhechor puede llevarse en todos los bolsillos y deslizarse, discreto, poderoso y relajante, en la cintura del pantalón, en la manga del sari, en el traje del beduino. A la menor duda surgida inopinadamente sobre la existencia, ahí está, al alcance de la mano agradecida. Y de un rápido vistazo, el problema queda resuelto. Cuales sean las circunstancias, en el restaurante, en la biblioteca, en avión, en piragua o en un banco público, todos ellos lugares propicios para el surgir de las cuestiones de la vida, ustedes se retiran a un rincón con su manual y en menos tiempo del que hace falta para leerlo, estarán bien preparados y bien equipados para tratar el asunto que sea. No se trata, pues, de fustigarles con un texto impenetrable sin pies ni cabeza que se despliega en un batiburrillo a la medida de

la fantasía del autor. Sería una falta de caridad y de sentido común, contrario al objetivo de este opus: estructura, claridad, concisión y resolución son las características que debe presentar un buen tratado sobre las verdades de la vida.

Además, prefiero decirles desde ya que este será un tratado definitivo. Antes de él, han sido varias las nimiedades, las tentativas torpes, los enfadosos extravíos. Prueba de ello, es que nadie pueda jactarse hoy de poseer las respuestas sobre los misterios de la vida: el planeta entero sigue vagando entre el pánico y el descalabro. Sin embargo, estamos ya en el 2001, es hora de hacer algo. Demasiado estábamos tardando. Que después de treinta mil años reculemos para saltar mejor, vale, puedo admitirlo. Pero llega un día en el que alcanzamos nuestro límite y en el que es imperioso coger el toro por los cuernos. Con esta metáfora nombro la Vida y sus misterios. Cada nuevo día entrega su lote de cuestiones irresolubles y si añadimos los meses, los años, piensen la suma de incertidumbres que nos aplasta, imprimiendo a nuestra existencia ese caminar tambaleante hecho de millones de meteduras de pata incansablemente repetidas. Con lo simple que es, sin embargo, con un pequeño tratado muy sencillamente eficaz, dirigir valerosamente nuestros pasos. Con lo fácil que es, en unas cien páginas, aportar un consuelo a nuestro vagar errante.

El autor que se resistiera a ocuparse de esto sería a mis ojos, no lo oculto, un jodido egoísta, que prefiere irse de bares con sus colegas en lugar de consagrar una semanita de su tiempo a aligerar las lacerantes dudas de la humanidad. Un verdadero cabrón, sí señor. Y hay que